



Viaggi di Pietro della Valle

Il Pellegrino

(1586 – 1652)

I.11.04 – El Cairo. La gran caravana de La Meca

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 8-03-2024
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**11ª CARTA desde
EL CAIRO
25 de enero de 1616**

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “IL PELLEGRINO”

Primera parte

E G I P T O



CARTA UNDÉCIMA

desde Egipto, a 25 de enero de 1616

I.11.04 – El Cairo. La gran caravana de la Meca



El Cairo. Caravana de La Meca. Xilografía de 1878

11ª CARTA desde El Cairo entrega I.11.04
El Cairo. La gran caravana de La Meca.

En la entrega anterior (I.11.03) el Señor della Valle, después de visitar El Cairo y admirar su grandiosidad, y la del río Nilo a su paso por la ciudad, termina con una serie de disquisiciones sobre dónde pudo estar el primer asentamiento y la ciudad fundacional de El Cairo, además de otros sitios históricos, como la posible ubicación de la llamada “segunda” Babilonia.

“... En cuanto a estos parajes, es cierto que Ptolomeo sitúa a dos ciudades de Egipto bajo el nombre de Hermópolis, pero una la coloca en el estrecho de Alejandría, con lo que no puede tratarse de la de El-Matarée, porque yo creo que debería estar más al sur, y la otra, la Tebaida. No obstante, si nos atenemos al relato tradicional de los cristianos de aquí, en el que algo debemos confiar, y si dejamos pasar la situación del Matarée, que se encuentra justamente en la ruta de Jerusalén, desde donde nuestro Señor llegó a Egipto, la ruta del Delta, por la Tebaida, en las fronteras del Alto Egipto, en ese caso podría pensarse que el Matarée, al menos era esta Hermópolis, la que sirvió de refugio a Nuestro Señor en sus primeros pasos por Egipto; algo que concordaría perfectamente con la piadosa tradición de los cristianos del país, siempre que Ptolomeo¹ no colocara a Hermópolis en el Alto Egipto, en la orilla occidental del río, y Matarée en la oriental, cerca de la cual hay un lago formado por las aguas que quedan tras la inundación de El Nilo, y que se seca en determinadas épocas del año. En medio de ese lago se aprecia un hermoso y esbelto obelisco, aún entero, y mucho más alto que el de Alejandría. Todo esto es lo más notable que se puede ver en El Cairo y en los extensos parajes que lo circundan al este del río...



Fiesta que los habitantes de El Cairo celebran con gran regocijo.

Yo no he asistido a una de sus fiestas más importantes, en la que se cita los más altos dignatarios de la ciudad: el momento en que se corta la calzada para hacer que pase al acueducto el agua del Nilo; en cambio, lo que sí he visto ha sido abrir un dique de tierra para que corriera el agua por un canal, que atraviesa por en medio de la ciudad, y con suficiente agua como para que se pueda navegar por él y pasearse en unas pequeñas barcas. Sin embargo,

¹ Ptolomeo. Geografía. Libro 4.

este canal, al igual que todos los demás que se abren en diferentes lugares del campo para irrigar los terrenos de siembra, discurre poco a poco hasta estancarse.

La calzada se corta en el mes de agosto, y el agua del Nilo inunda el terreno durante dos meses, convirtiéndolo en una tierra muy fértil. Pero he de decirle que no todo el país goza de estas benéficas inundaciones; tan solo se beneficia una parte, mientras que la otra permanece reseca, ya que aquí las lluvias son muy raras, además de la pobreza de este terreno en donde no crece ni una brizna de hierba; por lo que deduzco que este famoso Egipto, no es un país tan bello como muchos se imaginan.

Tampoco he podido ir a esa hermosa fiesta a la que va el Bajá, y que la gente celebra con mucho júbilo, debido a que su subsistencia depende enteramente de esas inundaciones, y precisamente por eso, siguen pronosticando, como hacían sus antepasados, por medio de la altura a la que llegan las aguas del Nilo, la abundancia o escasez de las cosechas de ese año.

Las inundaciones del Nilo son las que contribuyen a la riqueza del país.

Antiguamente, según Estrabón, se observaba la altura del agua, que crecía o disminuía en algunos pozos, con respecto a la del Nilo; pero ahora, se consulta mediante una pequeña pirámide, y digo pequeña si la comparo con las otras, que la han construido a este propósito en un lugar de fácil acceso, y cuyas dimensiones son más o menos como las que hoy en día se pueden apreciar en la pirámide del Sepulcro de Cestio¹, cerca de la puerta de San Pablo en Roma.

La fiesta a la que sí pude asistir es muy rara: se trata de la partida de la caravana [que sale de El Cairo] a La Meca, formada por una infinidad de peregrinos, que acuden allí para cumplir con sus deberes y oraciones mahometanas. Esta caravana emprende viaje una vez al año, bajo el mando de un *Sanjaco Beigbi*, jefe-representante del Bajá de El Cairo, encargado del tapiz ornamental para el Sepulcro y Capilla de su Profeta; tapiz enviado por el Gran Señor desde Constantinopla, con



¹ El llamado *Sepulcro de Cestius* está rematado por una pequeña pirámide; es la tumba de un magistrado romano, Cayo Cestio Epulón, del año 12 a.C. En la antigüedad, se encontraba adosada a la muralla que cercaba la ciudad, junto a la Puerta de San Pablo en Roma.

órdenes de que se le devuelva el entregado el año anterior, que posteriormente distribuye en fragmentos, a modo de reliquias, entre los altos dignatarios que participan en esta festividad.

Presente que el Gran Señor hace todos los años al Sepulcro de Mahoma.

Hay tal cantidad de peregrinos de todas las nacionalidades, que la caravana puede estar formada por cuarenta, cincuenta o sesenta mil camellos, e incluso llegar a los noventa mil. Según me cuentan, este año no es tan numerosa como en otras ocasiones, y eso que lleva cuarenta y cinco mil camellos, sin contar los caballos, asnos y mulas, también muy numerosos. Dicho esto, no es difícil deducir la cantidad de peregrinos que la acompañan; en ocasiones, una muchedumbre de hasta 200.000 personas. Bien es cierto que hay pobres mendigos

Caridad de los turcos para con los pobres que van a La Meca.

que van andando, sin dinero, ni provisión alguna; para los que, al menos, se pone a su disposición un buen número de camellos, sufragados por el Rey, el Bajá, y otros ciudadanos adinerados, que de ese modo realizan sus obras de caridad con la gente pobre, llegando a facilitarles todo lo necesario para su subsistencia, e incluso haciendo que les transporten cuando se encuentran fatigados durante el camino, o si caen enfermos. Es indispensable que todos los peregrinos que van a La Meca se hagan cargo de sus provisiones y raciones de agua durante el viaje, pues no la hay en toda la ruta; algo que me hace pensar que una parte de la Arabia Feliz -como la llaman hoy en día los turcos-, *Yemen*, y la otra, en donde se sitúa la Meca, conocida como *Hagias*, y que tiene como Señor a un Príncipe de la estirpe de Mahoma, un *sharif*, debería ser considerada más bien un “árido y reseco pedregal” que una tierra “feliz y abundante”.

Los gastos del Gran Señor en este único peregrinaje a La Meca, sin contar el de los particulares, son de seiscientos mil *cequíes*, un cuarto de los impuestos fijos anuales que Egipto le tiene que enviar. Este impuesto se paga, dividido en cuatro partes, del siguiente modo: seiscientos mil *scerissi*, de oro puro, que valen algo más que los

Uso del tributo que el Gran Señor recibe todos los años de Egipto.

cequíes de Venecia, en moneda de nuevo cuño, que el Bajá está obligado a remitir cada año a Constantinopla, bajo pena de muerte en caso de no cumplir con su obligación. Esta suma se destina a los gastos menudos del Gran Señor, junto con otros trescientos mil, semejantes, que recibe del Yemen. Sin embargo, de toda esta cantidad, jamás se llega a gastar más allá de ciento cincuenta mil, con lo que vos mismo podéis deducir cuánto se guarda anualmente en el tesoro. Seiscientos mil más se emplean en la Caravana, tal y como os he comentado, otros seiscientos mil son para pagar a las tropas de Egipto, y de los seiscientos mil que quedan, se cree piadosamente que el Bajá los usa para sus confidentes.

Descripción de la partida de la Caravana.

Pero para no apartarme del asunto de nuestra Caravana, os diré que antes de ponerse en marcha, se organiza una especie de procesión de los peregrinos, camellos, y carretas, que atraviesan la ciudad bastante ordenadamente; desde el Castillo en donde vive el Bajá, hasta pasadas las puertas,

ya en el campo, en donde esperan, y permanecen unos cuantos días con el fin de prepararse para el viaje. Como os he dicho, atraviesan todo el centro de la ciudad, y su cabalgata dura más de un día, siendo acompañados por la mayor parte de las tropas; oficiales y altos dignatarios de El Cairo, un infinito número de estudiantes, así como todos los derviches y santones que se exhiben allí en las posturas más extravagantes del mundo, de tal suerte que, de entre esos maestros, descalzos y medio desnudos, el más loco es el más estimado entre esta canalla, ya que a estos santones se les considera los más devotos y religiosos. Tras ellos, se ve brillar el tapiz ornamental que el Gran Señor envía para el Sepulcro de su Profeta, y al que los turcos, espectadores de este desfile en las calles, por devoción, tocan con su pañuelo.



Entrega del tapiz sagrado en El Cairo. Konstantin Egorovich Makovsky - 1876

El orden de esta procesión, a la que he asistido como un espectador más, el doce de noviembre, es el siguiente:

A un buen número de jinetes de los que preceden a la Caravana, les siguen inmediatamente unos trabajadores que siempre son necesarios, tales como verduleros, panaderos, cocineros, y todo tipo de proveedores de víveres.

Los artesanos necesarios llevan sus propios camellos.

Cada uno de estos oficios tiene sus camellos. Los de las frutas y verduras van delante; sobre el primero de ellos, bajo un pabellón de seda enriquecido con numerosos y bonitos adornos, va un joven, hijo del jefe de los verduleros; ya que cada oficio tiene su propio jefe, al que los demás deben obedecer. Dos halconeros a caballo siguen a los artesanos; después vienen los caballos del *Beig* Capitán de la Caravana, en parte cargados de vasijas llenas de agua,

así como de su equipaje; luego su litera, acarreada por dos camellos, junto con otro buen número de camellos, también de su propiedad; unos, cargados, y otros sin carga, destinados a transportar a los pobres o enfermos que lo necesiten. Les siguen muchos otros pertenecientes, o bien a particulares que van a La Meca, o a personajes importantes que los aportan como una obra de caridad para los mismos fines.

También disponen de una buena cantidad de camellos para los pobres.

Entre toda esta muchedumbre, de vez en cuando se pueden ver a unos cuantos caballeros: unos, van a emprender la peregrinación, y otros, los acompañan hasta las afueras de la ciudad para despedirlos. También hay innumerables soldados que escoltan a la Caravana; los hay con arcabuz, a pesar de ir a caballo, arma que llevan a la espalda como nuestra infantería, y otros, van pertrechados con arcos y flechas. Asimismo, pude ver un buen puñado de arqueros a pie que, al pasar bajo una plancha de madera que atraviesa la calle, cerca de una mezquita llamada la *Gauría*, y desde el lugar en donde yo estaba contemplando este hermoso desfile, lanzan sus flechas hacia arriba, contra ese entarimado. Me han contado que estos supersticiosos peregrinos sacan, no sé sabe muy bien si buenos o malos augurios acerca de lo que les deparará este viaje, según la trayectoria de sus flechas, o la impronta que dejen sobre la madera.

Los derviches participaban en este desfile.

La caravana iba escoltada por una buena cantidad de arcabuceros de a pie, seguidos por una multitud increíble de peregrinos andando, acompañados por todas las comunidades de esos falsos religiosos que abundan en El Cairo, y que se los puede distinguir por sus casi infinitas banderolas. Estos buenos farsantes iban de dos en dos, cantando a dos voces, más o menos como lo hacen nuestros religiosos cuando salmodian. Entre ellos, marchaba un considerable número de sus santones, cuya vida es extremadamente austera, y que, vestidos con hábitos variopintos y adoptando extrañas y ridículas posturas, se hartaban de gritar *Hù*, tal y como creo que os he comentado en otra ocasión. Los hay que van completamente desnudos, bien a pie, bien a caballo; prostituyendo libremente su desnudez ante los ojos de todo el mundo, para así dar muestra de su mayor santidad. Había uno de ellos, a caballo, al que por orden de la Justicia le habían cortado una mano hacía unos años, al haberle sorprendido cometiendo un delito; pero al entregarse después al ejercicio de toda esta hipocresía, y dado que este tipo de vida lo estiman mucho los mahometanos, ahora se le considera un Santo, y en esta procesión, allá por donde pasa, la gente le besa en el brazo, o en la mano que le queda.

Horrible superstición de esta gente.

Ceguera del pueblo ante estos farsantes.

La compañía de los jenízaros venía la última, armados con sus arcabuces y sus adornos más vistosos en el casco, cargado de ramilletes de plumas. Les seguía el Capitán de la Caravana, acompañado de otros muchos oficiales de alto rango, e inmediatamente después, llegaba el pequeño pabellón para cubrir el Sepulcro de Mahoma. Todo él era de seda recamada en oro, y se le podía contemplar desplegado

e izado en alto sobre un camello que, por haber recibido tal honor, era eximido para siempre de volver a llevar carga alguna. Los otros camellos cerraban la marcha, equipados de maravilla, y en tal cantidad, que todavía seguían desfilando al día siguiente.

En fin, creedme si os digo que es cosa digna de verse, y de la que he disfrutado y mucho; de tal modo que habían pasado ya ocho días desde entonces, pero me había gustado tanto este desfile, que salí de la ciudad para ver esa misma Caravana que aún no había partido y estaba acampada en medio de una hermosa planicie, bajo una infinidad de tiendas. Debo reconocer que era un placer ver a tantos hombres y bestias juntos, en tal confusión que apenas se diferenciaban unos de otros.



Próxima entrega: I.11.05 – Visita a las pirámides. Reflexiones y fabulaciones.

